

—¡Ah!, no creía que mi mortal enfermedad fuese curable. Beatriz tenía razón: estaba enfermo de suma gravedad.

Transcurrió un mes, durante el cual, Perfectito había dicho no es, á rosó y velloso. Era ya otro hombre, y sus amigos, que siempre le llamaron Perfectito, decíanle hoy Perfectote.

Aquello era obra de Beatriz, ó de la gracia de Dios, oculta tras un palmito angelical. Y claro es que hubo reconciliación y boda, y lo que vale más que todo esto: carácter, allí, donde no había ni pizca de él.

Y cuentan los que conocieron á Perfectito, trocado en Perfectote, que, cuando alguno de sus amigos se enfermaba, aunque fuese de ligera indisposición, les recetaba las tres consabidas resoluciones. Y agregaba con entusiasmo: No hay en la universal farmacopea, receta como la mía: es la única medicina que cura todas las enfermedades.



LA CAMPANA DE MI PUEBLO

I

En un día de pleno sol, de cielo despejado y purísimo, en que la naturaleza rebosante de vida, alegra el corazón, salió Gabriel de su pueblo. Iba á la capital de la República, pensionado por el Gobierno para estudiar medicina. ¿Quién hubiera podido adivinar en aquel mozalbete de complaciente mirada y varonil belleza al futuro sabio, laureado por doctas academias y enaltecido por la prensa de cultas capitales extranjeras?

Porque Gabriel fué un sabio, ante cuyas decisiones inclinábanse los más conspicuos profesores. Su carrera fué brillantísima; desde practicante llamó la atención por su ojo médico, y la envidia, enemiga acérrima de aquél que se eleva aun-

que sea una pulgada sobre los demás, nada pudo contra él, porque el carácter dúctil y acariciador del nuevo galeno se atraía las simpatías de cuantos le trataban.

No faltaban entre sus colegas quienes asegurasen que Gabriel debía su buena fama á sus prendas personales y no á su talento, que era muy mediano; otros, por el contrario, hablaban de aquel sabio como de nunca vista maravilla. Unos y otros exageraban: el carácter de Gabriel, afable, adulator y condescendiente, era gran conquistador de amigos, pero su mirada intelectual era mucho más penetrante de lo que sus émulos quisieran.

El joven médico dábase cuenta de su situación, secretamente regocijábese con sus triunfos y se esforzaba por publicarlos. De tiempo en tiempo, los periódicos de información recibían de los amigos del doctor, párrafos encomiásticos de difíciles curaciones perfectamente comprobadas, y como el joven era notoria lumbrera médica, y además, los párrafos laudatorios iban siempre acompañados de billetes de Banco, publicábanse con gran contentamiento de los editores, que de vez en cuando echaban su cuarto á espadas en abono del Hipócrates mexicano, favorecedor de la prensa.

Gabriel, en el constante barullo de sus tareas cotidianas, olvidó muy presto el

humilde pueblo, nido de sus afectos y alegría de su niñez; entibióse el filial cariño, y sólo de tarde en tarde escribía unos cuantos renglones á su anciana madre, de quien había sido el ídolo. Es verdad que le enviaba suficientes recursos para subsistir; pero ni todo el oro de Creso hubiera valido para señora Chana, madre del médico, lo que una frase de aquellas que espontáneamente brotaban del corazón de Gabriel, cuando niño aún, en el materno regazo acariciaba el simpático rostro de la honrada lugareña que entrañablemente le quería.

La señora Chana pensó varias veces en hacer un viaje á la capital, y aun forjaba se la ilusión de quedarse allá, al lado de su hijo. Hubiera dejado gustosa hasta el pedazo de tierra que guardaba los restos de su esposo, por sentir la luz de aquellos ojos que daban á su alma calor y vida; pero Gabriel nada le decía. El es un sabio, pensaba la madre, vive entre la aristocracia del dinero y del talento, y quizás se avergonzará de mí que no sé hablar bien, ni entiendo nada de las cortesías del gran mundo. Y la afligida mujer suspiraba y lágrimas del corazón rodaban silenciosas por aquellas mejillas marchitas por la edad y la continua brega de la vida.

II

A Gabriel faltábale tiempo para atender á su numerosa clientela, y no sin sacrificio podía dedicar algunas horas al estudio, pues en honor de la verdad, amaba la ciencia con singular predilección. La avidez de perdurable fama devoraba aquel corazón, y parecíanle pocos los muchos triunfos obtenidos. Como hábil cirujano, llegó á ver la vida humana con absoluta indiferencia, y aun con desprecio, y no pocas víctimas fueron sacrificadas al científico frenesí del galeno, sin que la conciencia dormida con sueño de muerte, despertase jamás, Gabriel habíase también olvidado por completo de Dios.

Si el desenfrenado amor á la ciencia hinchó de vanidad á aquel joven y extinguió su fe, hábale hasta entonces librado de trapisondas y amoríos, á los que estaba muy expuesto por su edad y sus personales prendas. Pero el corazón despierta el día menos pensado, aunque no se le haga ruido, aunque se le cierren las puertas de los sentidos, y el de Gabriel despertó lleno de vigor y pujanza.

Una joven de rasgados ojos, de travieso mirar, de esbelto cuerpo y atractivo donaire, sacó de quicio al joven médico que á su pesar veía en todas partes aquel

rostro hechicero. Quiso al principio luchar contra los ímpetus de la naciente pasión; pero ésta le arrolló como alud y cayó vencido ante la deidad que le fascinaba.

No era Gabriel novio despreciable, pero Irene no correspondió al amor que entusiasta le brindaba el enamorado galán, porque tenía novio, á quien amaba con hondo afecto.

Al estrellarse contra escollo tal el cariño de Gabriel, rugieron en furioso oleaje las contrariadas pasiones, y desde entonces sólo pensó en derribar el obstáculo que se oponía á su dicha. Retiróse de Irene para acercarse á Leopoldo, el afortunado joven que poseía el corazón que él anhelaba conquistar.

Y Gabriel y Leopoldo fueron en breve íntimos amigos. Frecuentemente comían juntos y no parecía tener el uno secretos para el otro.

Irene, que nunca dijo nada á su novio de las pretensiones del doctor, vió al principio con malos ojos aquella amistad, pero con el tiempo desechó todo temor, á lo que contribuyó no poco Leopoldo, que elogiaba siempre á Gabriel y tenía por amigo verdadero.

Anunciábase ya muy próxima la boda de Leopoldo é Irene, cuando aquél enfermóse del estómago, según dijo su amigo Gabriel. La enfermedad fué gradualmente

• aumentando, y á pesar de los esfuerzos del amigo del paciente, éste llegó al borde del sepulcro.

Gabriel no dejaba la cabecera del enfermo y cuidábale con fraternal solicitud pero opúsose siempre á la junta de médi-



cos que pedia Leopoldo anhelante de vida.

—No hay ningún peligro, decíale Gabriel, sanarás en breve.

Y la esperanza renacía en el corazón del amante joven, pues tenía fe ciega en la ciencia de su amigo. Más aquel mismo día murió Leopoldo, y Gabriel é Irene lloraron mucho por el ser querido.

III

• Pasó el tiempo y la intensidad del dolor disminuyó en la joven, que en un momento vió caer todas sus ilusiones. El amigo de Leopoldo iba á la casa de Irene dos veces á la semana, y con las más dulces palabras consolábala de la que él llamaba irreparable pérdida. Las visitas fueron después más frecuentes, y sucedió lo que tenía que suceder, lo que había previsto Gabriel: Irene, que aún conservaba el perfume de su amor primero, no se atrevió á negar la mano de esposa al íntimo amigo de su novio.

¿Quería á Gabriel, ó el primer ósculo de cariño se posó en la frente del muerto representado por su amigo?. Este es un misterio que no me es dado descifrar.

El esposo entró lleno de júbilo al soñado edén, y la pasión se hartó de dicha, y á los fugaces días de la luna de miel, sucedieron otros de atroz y tenaz melancolía. Clientela, amigos, academias, todo abandonó Gabriel, y sólo en su despacho pasaba la mayor parte del día con la vista clavada en el suelo, abstraído en un sólo pensamiento. ¿Era la imagen del muerto lo que quitaba á aquel corazón luz y calor? Tal vez. Gabriel iba secándose como árbol que pierde savia y los médicos no

acertaban á diagnosticar una enfermedad que no lesionaba el cuerpo, sino que se escondía en el fondo del alma.

La voz de la esposa, lejos de ser consuelo para el atribulado esposo, parecía rayo que le hería de muerte.

Cansada Irene de tantas noches de insomnio, y viendo perdida toda la influencia que tenía sobre su esposo, resolvióse á escribir á la madre de éste. Le describió el estado de Gabriel y rogóle fuese á verle.

Algunos días después la señora Chana abrazaba á su hijo, y aunque éste pareció reanimarse un poco, no dilató en caer de nuevo en su mortal abatimiento. Madre y esposa resolvieron llevar al enfermo á su pueblo natal, pues creían de fe que el aire puro y las sencillas distracciones eran eficaz medicina de aquella extraña enfermedad.

IV

Es domingo, y el laborioso pueblo, cuna del ilustre galeno, de ordinario tranquilo, entrégase la tarde de ese día á honestos divertimientos. Algunos viejos y hombres de edad viril reúnen en casa de sus amigos para jugar malilla ó tresillo; los jóvenes, en pos de sus novias van á donde creen verlas, y los muchachos, unos jue-

gan en el prado á cuanto se les ocurre y otros, á los toros, en la plazoleta del pueblo. En los corrillos no se habla de otra cosa, sino de la llegada del sabio médico Gabriel, orgullo del terruño, al que ha dado lustre y gloria. Ya salió un coche á la estación del Central, que dista algunos kilómetros del pueblo. De pronto, vése á lo lejos por el camino real una polvareda; distínguese luego el coche, y poco tiempo después óyese el tronido del látigo del auriga y el acompasado trote de las briosas mulas.

—¡Allá viene Gabriel, el hijo de señora Chana! claman muchas voces.

En efecto, Gabriel, cabizbajo, hundido en sus profundos pensamientos, vése en la testera del vehículo, al lado de señora Chana y frente á ésta hállase Irene.

El coche entra dando saltos por la única mal empedrada calle del pueblecillo.

Costumbre ha sido de los cocheros al llegar á los lugares poblados, lucir el brío de los brutos que manejan, enorgulleciéndose de mostrarse amaestrados domadores de taimadas cabalgaduras y hábiles guías de briosos tiros, que al reconocer la proximidad del caliente establo, trotan cuellierguidos espumajeando al tascar el freno que los reprime.

Al ruido, aumentado por una turba de chiquillos, que vociferando corren tras el

coche, abriéronse todas las ventanas de la calle, y las curiosas miradas devoraron el enfermizo rostro de aquel sabio, herido de muerte en la plenitud de la vida.

—¡Pobrecillo!

—¡Si viene casi en agonía!

—El estudio le ha abreviado la vida.

Éstas ó parecidas frases salían de los labios de los curiosos, en la mayor parte de los cuales la compasión, aunque real, era exagerada.

En aquellos momentos las alegres campanas de la iglesia parroquial, única que existía en el pueblo, llamaban al rosario. El enfermo, al oírlas, alza la abatida cabeza, llévase la diestra mano á la frente como si acariciar quisiera un mundo de recuerdos, y rompe á llorar como un niño.

Instintivamente madre y esposa comprendieron que aquel llanto le era benéfico, y dejáronle llorar cuanto quiso, llorando ellas también silenciosas lágrimas, que más que por las mejillas, rodaban por el corazón.

Llegó el sabio al hogar paterno sollozando aún, y aunque esperábanle parientes, amigos de la infancia y no pocos curiosos, á quienes saludó con afabilidad, rindiéndose aún en aquella situación á su proverbial cortesía, excusóse de recibirlos en

tales momentos porque la fatiga del camino hábale agravado.

Al entrar al cuarto donde rodaron tranquilos y felices los días de su niñez, contemplaba todo con interior delicia. Allí estaba la mesita de pino sin pintar, donde había escrito los primeros palotes, el antiquísimo desvencijado ropero en el cual guardaba desde la camisa dominguera perfectamente planchada por señora Chana, hasta la sogá con que lazaba becerros. En la pared clavada aún y ennegrecida por el polvo y las moscas, la misma estampa del patrón del lugar, y en una repisa el trompo y algunos otros juguetes de Gabriel, guardados allí como reliquias por la cariñosa mano de una madre. Hasta el jarrito en que tomaba leche acabada de ordeñar, estaba allí ostentando su brillante cuello verde y su no muy bien formado pico.

A una idea se asociaba otra, y Gabriel parecía salir de un sepulero y hallar amable como nunca la vida que sentía extinguirse. Así permaneció largo rato ensimismado, sin siquiera fijarse en que su esposa y su madre le contemplaban entre la zozobra y la esperanza.

Volvió á herir de nuevo los oídos del médico el repique de las campanas de la parroquia que anunciaba que cubrían al Santísimo, y otra vez se desató impetuo-

so el llanto de Gabriel, y otra vez ahogábanle los estrepitosos sollozos. Irene y la señora Chana dejáronle solo para que se desahogara á sus anchuras.

Hubieran jurado que Gabriel guardaba un secreto que le atormentaba con crueldad.

El enfermo callaba por algunos momentos para volver luego con mayor ímpetu á las manifestaciones de su tremenda aflicción.

De improviso oye la voz del anciano Cura, quien, concluído que hubo el ejercicio vespertino, apresuróse á ir á saludar á Gabrielillo, á quien trató desde niño y de cuyo carácter más de una vez tuvo mucho miedo.

—Gabriel, mi Gabrielillo, le gritó el párroco desde la puerta abriéndole los brazos.

El médico, impelido vehementemente por su mismo dolor, arrojóse en los brazos del sacerdote, sollozando con mayor estrépito que antes.

El buen cura también le dejó llorar, y cuando Gabriel húbose calmado un tanto, le dijo con voz tan cariñosa como la de un padre:

—No te pregunto ya cómo te ha ido, pues tu semblante y tu llanto me lo dicen todo. Allá en aquella Babilonia, que podrá hacer algunos sabios, pero que sin

duda hace muchos desgraciados, has perdido tu felicidad.

—Sí, señor cura, y lo que es peor aún: la santa fe de mis padres.

—¿No crees ya en Dios como en los dichosos días de tu niñez?

—Hoy vuelvo á creer: esa campana, la bendita campana de mi pueblo, al vibrar en mis oídos después de muchos años de silencio, ha penetrado hasta el fondo de mi alma, y al remover el mar de mis recuerdos, donde creí que todo había naufragado, encuentro el valioso tesoro de la fe perdida. ¿Qué tienen los sagrados bronces que en un momento de inefables vibraciones rinden al hombre más soberbio y más criminal que he conocido?

—Por ellas, hijo mío, habla frecuentemente la voz de la gracia. ¡Dichoso aquél que la escucha!

Una ocasión dos jóvenes colegiales dirigíanse al obscurecer á criminales trapisondas, olvidados completamente de que tenían una alma rescatada al precio infinito del martirio de un Dios; pasaron por un templo y oyeron las lenguas de bronce que llamaban á la oración. Miráronse como sorprendidos; nada dijeron los labios, pero los corazones de ambos trocáronse y fueron al templo á orar los que momentos antes iban á delinquir.

Gabriel, cada vez más conmovido, murmuró con voz apenas perceptible:

—¡Padre, yo tengo un secreto que me mata!

—Nada me admira, hombre eres como todos, lo adivino, tu secreto es un crimen y yo, por divina misericordia, tengo poder para perdonártelo.

—Pues bien, sí, es un crimen, y mañana muy temprano iré á la parroquia para revelarle á usted todo, todo.

—¿Mañana? No, hijo, hoy mismo, en este momento.

Minutos después, allá en la penumbra de un rincón de la sacristía del humilde templo parroquial, cuando ya la luz del sol trepaba á las cumbres para de allí volar á ignotas regiones, y el oro y nácar de las nubes trocábase en verdinegras sombras, Gabriel revelaba el secreto, que con el gusano del remordimiento, había taladrado su corazón.

La salud de Gabriel desde ese instante mejoró con suma rapidez. No volvió á la capital de la República y la fama de la bondad del sabio médico dura aún en el pueblo.

Cuando después algún joven, quería ir á estudiar á la metrópoli, esforzábese siempre en disuadirle.

—No, no; le decía; toda la ciencia del

mundo no vale lo que un sólo rayo de fe, lo que una sola gota de amor, lo que un momento de esperanza. Y solía agregar: bendita, bendita sea la campana de mi pueblo.